

Panorama

A LA SOMBRA DEL
ROBLE GRANDE

AHORA que –como siempre– todo es según y cómo, y las cosas buenas y malas van a parar a un mismo saco de aburrimiento y negligencia, da gusto asomarse a las páginas de «Más valer», el impetuoso y ferviente poemario de Enrique Andrés Ruiz (Soria, 1962) que ha publicado la editorial Pre-Textos, de Valencia. ¿Por qué? Porque es un libro que, sin previo aviso, en cuanto empiezas a leerlo, te coge por los hombros, te sacude con simpatía y te dice mirándote a los ojos: «Soy mucho más que un libro de poemas.»

Y dice la verdad. «Más valer», por ejemplo, es una divisa, un mote, un lema para el escudo. Algo que decir de nosotros y de nuestro linaje a los demás, para que sepan a qué atenerse. Los catorce poemas que componen el libro amplifican y glosan el emblema del título.

«Más valer» es, también, una caja de música en medio de un paisaje. Y el paisaje es real y espiritual al mismo tiempo, y los sonos y acordes de la música bañan un mundo en que las cosas tienen voluntad de permanencia porque se saben relativas, y porque la única manera de obtener un lugar entre los dioses es aceptar la muerte.

España, Burgos, los ciervos dorados de los bosques de Soria, la casa de cristal de los mitos, una veleta pirenaica, la nieve sobre la montaña, la torre roja que se incendia y señala los últimos contornos, Userkaf (un faraón olvidado), la navidad en Westminster, el arco de Cabanes... Todo ello unido bajo la leyenda del «Más valer», dando vida en catorce movimientos a una preciosa sinfonía donde se oye a la vez la canción jubilosa de la fe y el himno grave del escepticismo.

Del resultado de esa confrontación nos informa el poeta al comienzo del libro: «El dogma es la alegría. De más valer se trata», corroborándolo en el último poema, titulado «Quince rocas»: «Honor y muerte juntos disueltos en el suave / reflejo de ese cielo transparente», donde «ese cielo» –se me ocurre, y algún motivo tengo para que se me ocurra– es el del Japón, un ámbito geográfico y cultural particularmente indicado para asumir riesgos estéticos de esa índole.

Las viejas y queridas mitologías otorgaban al árbol un papel muy relevante. El árbol era el mundo. El árbol era el emblema de la vida. De un árbol pende el mote del «Más valer». Enrique Andrés elige el Roble Grande para que crezca bajo su fronda la plegaria que son sus versos, una oración que surge de la selva de los milenios para pedir la gracia al Dios del cielo y del abismo. A la sombra del Roble Grande la laringe humana ha ido bajando poco a poco hasta propiciar el lenguaje y conceder al «homo» ese doble apellido, «sapiens sapiens», que lo distingue, abruma y dignifica. Un Roble que, como Yggdrasil, el árbol cósmico de la mitología germánica, toca con su ramaje la bóveda celeste y hunde sus raíces hasta el infierno. En su tronco ha grabado Enrique los versos de su «Más valer». Versos de hoy, de siempre, de mañana.

Luis Alberto de CUENCA



A propósito

EL TESTAMENTO DE DUDAYEV

CON la «telemuerte» del líder checheno Dudayev, Yeltsin ve realizada la más acuciante de sus obsesiones de los últimos meses y posiblemente consigue una baza importante para la campaña electoral que le servirá para tapan la boca de su más directo rival, el comunista Ziuganov. Pero sólo desde el mismo simplismo aterrador con que el presidente ruso se ha planteado desde el principio el caso de Chechenia podría estimarse que con la desaparición de Dudayev ese conflicto entrará por la vía fácil de la solución a corto plazo. Dudayev no ha sido un accidente en la historia de Chechenia, sino expresión de la secular rebeldía de los pueblos del Cáucaso contra el imperialismo ruso. Dudayev se parece mucho al legendario imán Chamil, que durante la primera mitad del siglo XIX mantuvo una increíble e indomable guerra de resistencia contra la Rusia zarista, prolongada durante veinticinco años. Pero a diferencia de Chamil, que acabó rindiéndose en 1859, Dudayev ha muerto en el campo de batalla, víctima de un ataque traidor y, sin duda, se convertirá en un héroe nacional y en símbolo de la resistencia contra Rusia.

Varios de los dirigentes de la rebelión chechena nacieron en Kazajstán, donde todo su pueblo fue deportado por Stalin en 1944. Estos hombres nacidos fuera de su tierra son un testimonio viviente de ese conflicto secular que no se resolvió con la vuelta al Cáucaso del pueblo deportado. En Rusia circula el estereotipo que pinta a los chechenos como gentes mafiosas, propicias a todas las formas de delincuencia y, en esa línea, Yeltsin ha llegado a comparar a Dudayev con el panameño general Noriega, el dictador narcotraficante. La «mafia chechena» es una realidad, pero sería un error confundir a todo un pueblo con esta manifestación criminal. Yandarbiyev, que ha sucedido a Dudayev

en la dirección de la rebelión, ha sido hasta ahora el principal ideólogo del movimiento y es considerado un «duro». Se le estima poco propicio para la negociación y algunos observadores creen incluso que, bajo su mando, los chechenos pueden verse tentados a la escalada terrorista. Si los rebeldes llevarán su lucha fuera de las fronteras, el resultado podría ser terrible. No hay que olvidar que las colonias chechenas existentes en muchas ciudades rusas, especialmente en Moscú, podrían servir de cobertura y apoyo si los sucesores de Dudayev adoptaran esa siniestra decisión.

Yeltsin debería aprender de la historia y recordar que durante la guerra del Cáucaso, en tiempos de Chamil, la situación sólo empezó a mejorar cuando las tropas rusas –que llegaron a los trescientos mil hombres para una población chechena de sólo doscientos mil, que quedó reducida a la mitad– abandonaron las represalias masivas y la táctica de tierra quemada. De todos modos, más que la inferioridad numérica, el punto débil de los chechenos fue en aquella ocasión –y podría serlo también ahora– la falta de cohesión de los rebeldes. Si Yeltsin quiere convertirse de verdad en el pacificador de Chechenia (toda una ironía de la Historia después de una guerra tan brutal), no tiene otra vía que la de negociar sin trampas y sin misiles teledirigidos y tratar de llegar a un acuerdo razonable y generoso con este aguerrido pueblo de las montañas del Cáucaso. En otro caso tendrá que habérselas con el testamento de Dudayev, «acabad lo que hemos empezado». Y Chechenia será «un clavo en el cuerpo del imperio», como el que en tiempos de Alejandro I quiso ser von Bock, «el loco del zar» novelado por el estonio Jaan Kross.

Alejandro MUÑOZ-ALONSO

